

«Isidoro Acevedo», de Cuaderno San Martín, evoca a este abuelo materno mientras imagina en el momento de la muerte una de las batallas en que participó: «Entró a saco en sus días / para esa visionaria patria que necesitaba su fe... Así en el dormitorio que miraba a un jardín / murió en milicia de su convicción por la patria» (*Obra poética*, página 110)⁴⁷.

En «La noche cíclica» (1940), de *El otro, el mismo*, aparecen evocados Laprida y Suárez dentro de una enumeración de las calles bonaerenses que le recuerdan al poeta su «sangre: Laprida, Cabrera, Soler, Suárez... / Nombres en que retumban (ya secretas) las dianas, / Las repúblicas, los caballos y las mañanas, / Las felices victorias, las muertes militares» (pág. 139).

«Mateo, XXV, 30» (1953) incluye en una descripción de sí mismo «la carga de Junín en tu sangre» (pág. 152). Este poema sigue en orden editorial a la «Página».

«Junín» (1966) imagina una visita a esa localidad de la provincia de Buenos Aires, donde el coronel Borges fue comandante de frontera; contrasta la propia «vaga» persona del poeta con la del guerrero y termina renunciando a imaginar cómo era verdaderamente el otro Borges (página 286).

«Acevedo», de *Elogio de la sombra*, trata igualmente en vano de imaginar los campos del abuelo que vieron sus heroicas cabalgadas, y concluye comprobando que se trata de la misma llanura que ha visto en otros sitios (Iowa, Israel), de modo que en realidad no ha perdido aquellos: «Los poseo / En el olvido, en un casual deseo» (*Elogio de la sombra* [Buenos Aires, 1969], pág. 103).

El fragmento «El simulacro», de *El hacedor*, cuenta la representación por un extraño impostor en una aldea del Chaco del velorio de Eva Duarte de Perón, y concluye con una condenación directa del dictador: «El enlutado no era Perón y la muñeca no era la mujer, Eva Duarte; pero tampoco Perón era Perón ni Eva era Eva, sino desconocidos o anónimos (cuyo nombre secreto y cuyo rostro verdadero ignoramos) que figuraron, para el crédulo amor de los arrabales, una crasa mitología» (*El hacedor*, página 21). Esa desrealización final del odiado dictador, aunque más amarga, por estar su presencia más cercana, trata de situarlo en la misma perspectiva con que juzgaba a Rosas el poema de ese título: como otro exponente más de la barbarie ineludible que los Laprida, los Sarmiento, los bisnietos del coronel Suárez tendrán que acusar melancólicamente.

⁴⁷ Tanto RASI (pág. 152) como RODRÍGUEZ MONEGAL («Borges, the Reader», pág. 44) notan un parentesco entre este poema, basado en un episodio de la niñez de Borges, y el cuento *La otra muerte*, de *El Aleph*, donde el protagonista revive en su agonía, como valiente, la batalla en que se había comportado cobardemente.

El cuento *La fiesta del monstruo*, escrito en colaboración con Adolfo Bioy Casares y publicado en *Marcha* (Montevideo, septiembre 30, 1955, págs. 20-21 y 23), narra desde la perspectiva de un ardiente partidario de Perón una fiesta política, cuya descripción, hecha en la jerga del pueblo bajo de Buenos Aires, resulta en una imagen caricaturesca del peronismo. La intención es demostrar cómo el líder, al cual el narrador llama admirativamente «el Monstruo», es en efecto tal ⁴⁸.

En *El otro, el mismo* (Buenos Aires, 1969), el fragmento «El puñal» (cuyo antecesor directo se halla en *Evaristo Carriego*, de 1930, sección IX) describe el puñal que el poeta guarda en un cajón de su escritorio. Forjado en Toledo, regalo de un antepasado, tocado por muchos (Carriego entre ellos), el puñal desea lo mismo que quieren instintivamente las manos que juegan con él: cumplir su destino de sangre. Ese fin del puñal incluye la muerte de César, lo cual, unido a la melancolía con la que el poeta, se dice al final: «A veces me da lástima. Tanta dureza, tanta fe, tan impasible o inocente soberbia, y los años pasan, inútiles» (pág. 225), podría quizá interpretarse como otra alusión más a la tiranía peronista. No sé si es éste el mismo «puñal» que publicó *Marcha* en junio 25 de 1954, después que *La Nación*, de Buenos Aires, «consideró comprometido publicar [lo]» (R. Monegal, *El juicio de los parricidas*, pág. 64) ⁴⁹.

El hermoso cuento *Pedro Salvadores*, de *Elogio de la sombra*, cuenta la verídica historia de un caballero unitario que pasó nueve años escondido en el sótano de su propia casa, hasta la caída de Rosas. Tras imaginar lo que haría Salvadores durante esa larga noche y evocar su triste fin, concluye Borges: «Como todas las cosas, el destino de Pedro Salvadores nos parece un símbolo de algo que estamos a punto de comprender» (pág. 79).

La señora mayor, de *El informe de Brodie*, interpreta el fin de esta hija de un prócer de las guerras de independencia americanas, objeto de un ruidoso homenaje al cumplir los cien años, como equivalente al de todos «los hombres olvidados de América y de España que perecieron bajo los cascos de los caballos; pienso que la última víctima de ese tropel de lanzas en el Perú sería, más de un siglo después, una señora anciana» (pág. 85) ⁵⁰.

⁴⁸ Véase, por ALFRED J. MACADAM, «El espejo y la mentira, dos cuentos de Borges y Bioy Casares», *Revista Iberoamericana*, 37, núm. 75 [1971], 357-74.

⁴⁹ El cuento *El encuentro*, de *El informe de Brodie*, narra un duelo en el que son los cuchillos, ambos provenientes de famosos malevos, los que gobiernan las manos de los duelistas. Aparece en el cuento un tal Lafinur, homónimo del Luis Melián Lafinur que regala al padre de Borges el puñal de la viñeta de ese título; el mismo que defendió al regicida Arredondo (*El libro de arena*, pág. 181), descendiente del tío abuelo del padre del escritor, Juan Crisóstomo Lafinur, uno de los primeros poetas argentinos (Autobiografía, pág. 210).

⁵⁰ Se trata para RAST de otro ejemplo de ese sentimiento de pertenecer al final de una etapa («criollo final») característico del enfoque histórico de Borges (pág. 155).

Mencionaré también otros poemas que tratan de acontecimientos políticos extranjeros: «Judengasse», de *Fervor de Buenos Aires* (no incluido en *Obra poética*), donde se describe y acusa un progrom, y tres poemas dedicados a Israel, donde se celebra su espíritu guerrero («A Israel», «Israel, 1969», todos en *Elogio de la sombra*)⁵¹. Una nota en prosa en *El hacedor*, «In memoriam J. F. K.», relaciona el asesinato del presidente Kennedy con los de otros líderes políticos y espirituales, incluyendo a Cristo y a Sócrates. Hay que atribuir a ignorancia política y a los amables recuerdos de la estancia del escritor en Texas en 1961 esta injustificada alusión del fragmento en cuestión: «fue [antes, la bala que mató al presidente] la fusilería y las bayonetas que destrozaron a los defensores del Alamo» (pág. 109)⁵².

El penúltimo libro de poemas y prosas sueltas de Borges, *El oro de los tigres* (Buenos Aires, 1972), insiste en los temas ya examinados en los anteriores. «La busca» persigue en la hacienda de los Acevedos una comunión con lo que representaron los antepasados: «Aquí fueron la espada y el peligro, / Las duras proscipciones, las patriadas; / Firmes en el caballo, aquí rigieron / la sin principio y la sin fin llanura / Los estancieros de las largas leguas» (pág. 37). La previsible conclusión es que «Más allá del cristal de la memoria», aquéllos y el poeta se han «unido y confundido, / Yo en el sueño, pero ellos en la muerte».

El poema siguiente, «Lo perdido», incluye entre lo que «pudo haber sido y no fue» el poeta, al guerrero de «la espada o el escudo» (página 41). El tema amoroso con el que concluye este poema (quizá espera aún al poeta la compañera anhelada) se continúa en «El amenazado», donde entre los talismanes con que será inútil que trate de defenderse del amor, menciona el poeta «la sombra militar de mis muertos» (pág. 61).

En una nueva versión del famoso fragmento «Borges y yo», de *El hacedor*, Borges cuenta en *El oro de los tigres* cómo el escritor continúa apretando el cerco de ese «yo» que es ya inseparable de su proyección literaria. Entre las esclavitudes que le impone el escritor a su doble se halla ahora el haberlo «convertido al culto idolátrico de militares muer-

⁵¹ En su artículo «Borges, the Reader» (págs. 47-48), RODRÍGUEZ MONEGAL plantea el problema del posible origen judío del escritor, según lo sugieren sus apellidos portugueses Borges y Azevedo. En 1934 Borges juega con la idea para rechazarla por vía de la parodia (¿por qué no buscar los descendientes de fenicios, numidios, etc.?), pero recientemente parece intrigarlo. En una entrevista con un semanario brasileño declara que lo enorgullecería pertenecer a una rama de la humanidad que ya había inventado la historia de Job y el *Cantar de los cantares* cuando el resto de aquella estaba aún sumergido en la barbarie. El breve poema «Los Borges» (*Obra poética*, pág. 200) se pregunta cómo serían esos antepasados, para concluir viéndolos como partícipes de la historia guerrera de Portugal (Vasco de Gama, el rey don Sebastián).

⁵² En 1836 los colonos estadounidenses de Tejas, hasta entonces parte de México, declararon su independencia (el Gobierno mexicano les había permitido establecerse allí desde 1823); el mismo año un ejército mexicano aniquiló a los defensores del Alamo, lo cual animó tan eficazmente el espíritu guerrero no sólo de los tejanos anglosajones, sino del resto de la Unión, que para abril de ese año Tejas era Texas.

tos, con los / que acaso no podría cambiar una sola palabra» («El centinela», pág. 77).

Otros poemas en los que el valor juega un papel son «1929», donde un hombre recuerda la noche de ese año en que mató a otro: «La exultación, la ira y el asombro. [...] La dicha de ser hombre y ser valiente / O, por lo menos, la de haberlo sido / Alguna vez, en un ayer del tiempo» (pág. 113; *vide* nota 24). «Los cuatro ciclos» describe cuatro temas literarios en su origen mítico, deplorando en cuanto al tercero—la búsqueda heroica—que se halle ahora «condenada al fracaso. El capitán Ahab da con la ballena y la ballena lo deshace; los héroes de James o de Kafka sólo pueden esperar la derrota. Somos tan pobres de valor y de fe que ya el *happy-ending* no es otra cosa que un halago industrial. No podemos creer en el cielo, pero sí en el infierno» (pág. 130; *vide* el final de la nota 24). Finalmente, «La tentación» (pág. 103) recuenta la muerte de Facundo, insistiendo, lo mismo que su predecesor «El general Quiroga va en coche al muere», en el modo cómo éste desprecia la amenaza de la muerte.

Contiene también este libro un poema sobre el gaucho, donde se evoca el papel de éste en la historia, la tradición y la literatura argentina, subrayando su coraje, su humildad, su soledad. «El gaucho» (página 65) constituye una reelaboración casi literal, en endecasílabos consonantes, del poema en verso libre «Los gauchos», de *Elogio de la sombra*.

La rosa profunda (1975) recoge nuevas nostalgias del poeta sobre la imposibilidad del coraje guerrero («Soy el que no es nadie, el que no fue una espada / En la guerra. Soy eco, olvido, nada» [pág. 53]); comparaciones con sus antepasados heroicos («Yo, que padecí la vergüenza / De no haber sido aquel Francisco Borges que murió en 1874 [pág. 83]), y, en el mismo contexto, un elogio del destierro que lo «salva de protocolos, marcos y cátedras», y por ser «acaso la forma fundamental del destino argentino» (*ibid.*)—con lo cual recuerda el poeta a los unitarios desterrados por Rosas, a los liberales desterrados por Perón, etc.—, afirma la presencia de la patria dentro de él: «En la ubicua memoria serás mía, / Patria, no en la fracción de cada día» (*ibid.*). Un poema fechado en 1972 agradece que los dioses, a los que pidió «Que enviaran algo o alguien a mis días», le hayan permitido por fin emular a aquellos antepasados que sirvieron a la patria «Con penurias, con hambre, con batallas», no del mismo modo que esas «sombras tutelares» que honró en sus versos, pero sí con riesgo: «la Patria, hoy profanada, quiere / Que con mi oscura pluma de gramático, / Docta en las nimiedades académicas / Y ajena a los trabajos de la espada, / Congregue el gran rumor

de la epopeya / Y exija mi lugar. Lo estoy haciendo» (pág. 107). «En memoria de Angélica» insiste en la búsqueda «De una patria que siempre dio la cara», en tanto «Sobre nosotros crece, atroz, la historia» (página 123).

Lo mismo que *El libro de arena*, los últimos libros de poemas sirven de vehículo al creciente conservadurismo del poeta ⁵³.

JULIO RODRIGUEZ-LUIS

Department of Comparative Literature
State University of New York at Binghamton
U. S. A.

⁵³ GENE BELL («Borges—Literature and Politics North and South», *The Nation*, febrero 21, 1976, 213-17) estudia la obra cuentística que cimentó la fama de Borges (1939-1953) como el reflejo de la actitud política del escritor, preocupado por el auge del fascismo, perseguido por el peronismo, perplejo ante el caos del liberalismo burgués; actitud que se refleja directamente en los narradores de *Tlön...*, *La biblioteca...*, etc. BELL explica desde la misma perspectiva el éxito de Borges en el mundo académico e intelectual norteamericano, el cual participa, especialmente durante los sesentas, de una actitud de elegante alienación semejante.